

## Del sufrimiento en disputa a la escucha vulnerable. Exploraciones sobre el reconocimiento, encuentros y memoria en el caso vasco<sup>1</sup>

Andrea García González<sup>2</sup>

Recibido: 13 de diciembre de 2021/ Aceptado: 9 de mayo de 2022

**Resumen.** Este artículo explora los marcos narrativos de configuración de la memoria tras el alto al fuego de ETA en el contexto del conflicto armado vasco. En el marco institucional, la representación pública del sufrimiento configura la categoría de víctima en este contexto, jerarquizando experiencias de violencia y generando un determinado paisaje emocional “post-conflicto”. Dadas las limitaciones de las representaciones sufrientes y el problemático uso del concepto de empatía en la eliminación de las violencias, sugiero el planteamiento de “escucha vulnerable” como propuesta analítica y política. Esta propuesta trata de ampliar los limitados paradigmas de reconciliación, resalta la importancia de poner la vulnerabilidad en el centro y muestra distintas formas de encuentro en donde la escucha está impregnada de emociones encontradas, contradicciones, complejos tejidos de sufrimiento y placer, incertidumbres y aperturas al reconocimiento de distintas formas de violencia.

**Palabras Clave:** Violencia armada; País Vasco; víctimas; empatía; reconciliación; género; memoria; escucha vulnerable.

### [en] From Contested Suffering to Vulnerable Listening. Exploring Recognition, Encounters and Memory in the Basque Case

**Abstract.** This article explores the narrative frames of memory configuration after ETA ceasefire in the context of the Basque armed conflict. At the institutional level, the public representation of suffering configures the category of victimhood in this context, creating hierarchies of experiences of violence and establishing a specific emotional landscape in the “post-conflict” scenario. The limitations of the representations of suffering and the problematic use of the concept of empathy in the elimination of different forms of violence lead me to suggest “vulnerable listening” as an analytical and political proposal. This proposal aims to broaden narrow reconciliation paradigms, stresses the importance of placing vulnerability at the core of relationships and delves into the multiple ways that encounters can happen, where listening is pregnant with conflicting emotions, contradictions, the entanglement of suffering and pleasure, uncertainties and openness to the acknowledgement of different forms of violence.

**Keywords:** Armed violence; Basque Country; victimhood; empathy; reconciliation; gender; memory; vulnerable listening.

**Sumario.** 1. Sufrimiento y empatía en el paisaje emocional transicional. 1.1. La batalla por el relato. 1.2. Estereotipos y silenciamientos en la representación dominante del sufrimiento. 2. Aperturas y límites de la empatía sufriente. 2.1. Cartografía del sufrimiento. 2.2. Límites del marco sufriente. 3. Exploraciones más allá del marco sufriente. 3.1. La escucha vulnerable. 3.2. Ese abrazo... buf... 3.3. “Más por diversión que por política”. 3.4. De la mesa del té a la tortilla de patata. 4. Trazos finales. 5. Bibliografía.

**Cómo citar:** García González, A. (2022). Del sufrimiento en disputa a la escucha vulnerable. Exploraciones sobre el reconocimiento, encuentros y memoria en el caso vasco, en *Revista de Antropología Social* 31 (2), 223-237.

Una mañana de domingo otoñal acudo al salón de actos del centro de convenciones Kursaal de la ciudad vasca de Donostia/San Sebastián. El evento que va a tener lugar es parte de las iniciativas sobre memoria y convivencia que atiendo como parte de mi trabajo de campo

sobre el proceso sociopolítico en el País Vasco tras el alto al fuego de ETA<sup>3</sup>. Es el año 2016, estoy aún al inicio de mi doctorado y han pasado cinco años desde que ETA declarara el cese al fuego definitivo. En el escenario se representan las vidas de personas que fueron asesinadas

<sup>1</sup> Este artículo no hubiera sido posible sin el acompañamiento y la reflexión compartida de las compañeras que forman parte de este monográfico: Laura Tejero, Aída Hernández, Yira Lazala, Olatz Dañobeitia, Diana Gómez, Marina Montoto y Laura Martín. Gracias también a quienes compartieron conversaciones previas y sobre los borradores de este texto: Joseba Zulaika, Nahia González, Iñaki Sagardoy, Ibon Gaminde. Siempre agradecida a las personas que en el País Vasco e Irlanda del Norte confiaron en mí, abriéndome sus espacios, su cotidiano, sus experiencias. Agradezco asimismo la financiación del British Economic and Social Research Council con la cual pude sostenerme económicamente durante parte de la creación de esta publicación. También destacar la generosa aportación de las evaluadoras anónimas que han contribuido a mejorar este material.

<sup>2</sup> University of Brighton, [andreaorai@gmail.com](mailto:andreaorai@gmail.com)

<sup>3</sup> ETA es el acrónimo para Euskadi Ta Askatasuna, en euskera traducido como “País Vasco y Libertad”. La banda armada fue fundada en el País Vasco en 1959 en medio de la dictadura franquista reclamando la independencia de este territorio del Estado español y frente a la conculcación de derechos sociales, políticos y culturales del pueblo vasco (Murua, 2016). Desde entonces y hasta el alto al fuego de 2011, ETA fue cambiando su estrategia y objetivos y llevó a cabo distintas formas de violencia incluyendo asesinatos, secuestros, atentados y extorsión económica.

durante el conflicto armado. Varios artistas, en colaboración con las familias de las doce víctimas elegidas, han trabajado para recrear su pasado antes de su muerte: su vida íntima, sus relaciones familiares, sus proyectos vitales... La mayoría son víctimas de ETA, también hay alguna víctima de los grupos paramilitares que actuaron contra miembros de la izquierda vasca independentista principalmente en los años ochenta amparados por el Gobierno español<sup>4</sup>. Gran parte del público está relacionado con organizaciones que trabajan en la construcción de la “convivencia” y familiares de algunas de las víctimas. Las lágrimas aparecen en los rostros de quienes estamos en las butacas. El dolor de la pérdida, de la muerte, me remueve, mientras me debato interiormente entre el sentir esa representación del sufrimiento y el analizarlo, entre entender la necesidad de los homenajes y el constatar en un evento más que las causas de las violencias que provocaron esas muertes siguen sin ser planteadas. Una de las preguntas que motivaron la escritura de este monográfico se me aparece entre estas contradicciones: ¿qué abre y qué cierra la escenificación y expresión del sufrimiento?

En un aula universitaria de la carrera de trabajo social, la profesora agradece a Fernanda<sup>5</sup> que haya acudido a ofrecer su testimonio y lo valora como una lección para aprender a trabajar el duelo en la sociedad vasca. Conozco a Fernanda por sus apariciones en distintas iniciativas sobre memoria<sup>6</sup> y por su generosa disposición a ser entrevistada. Fernanda está acostumbrada a narrar el asesinato de su marido por parte de ETA. Esa repetición no impide que esta mañana, ante un joven alumnado, siga transmitiendo su tristeza y sufrimiento, exponiendo detalles íntimos de su proceso: medicalización, sentimientos de culpabilidad, su atención constante al bienestar de su familia... También incorpora en su discurso cómo ha ido entendiendo los sufrimientos que no provienen de la violencia de ETA, a través de escuchar a víctimas de cuerpos policiales o madres que sufren los dictados de la política penitenciaria. Las lágrimas también recorren los rostros de quienes atienden el testimonio en este otro contexto. Al finalizar, algunas estudiantes comentan el valor de Fernanda, su capacidad de perdonar y la mayoría aplaude el que haya sido capaz de sacar su familia adelante. Además de valorar el esfuerzo agotador que esta exposición requiere, me vuelvo a plantear qué representaciones se activan en este contexto transicional que analizo, de

qué manera el relato sobre lo acontecido tiene que estar permeado de unos determinados elementos emocionales, como son el sufrimiento y la empatía, para ser expuesto y escuchado.

Otras lágrimas son las que aparecen en la entrevista con Maitane. Las dos veces que rompe a llorar, se sorprende a sí misma por compartirlo. Sus lágrimas no aparecen en su rostro cuando va a visitar a su hija a una cárcel lejana. Tampoco en la intimidad del hogar. Las lágrimas son para Maitane un signo de derrota. Rosario e Izaskun no necesitan ver las lágrimas para conocer y reconocer el dolor de Maitane. Rosario durante veinte años visitó a su hermano de cárcel en cárcel. Izaskun empezó a formar parte de la organización de familiares de presos y presas vascas<sup>7</sup> por vínculos de amistad. En esa organización se juntan mensualmente para conocer y poner en común la situación en las cárceles. Semanalmente, en el pueblo, organizan otro espacio de encuentro: todos los lunes, alrededor de la mesa, de la comida y el vino, las conversaciones se cruzan, las risas y las bromas se comparten. No es necesario el llanto para entender y acoger la vulnerabilidad, y apoyarse entre todas a través del placer del juntarse.

Tres situaciones que abren la reflexión para este texto: el sufrimiento como marco de validación de experiencias del pasado en la toma de los escenarios del paisaje de los denominados contextos “postconflicto”<sup>8</sup>; el sufrimiento como configurador de la representación de la víctima escuchada y las aperturas y límites de la narrativa sufriente; el sufrimiento acogido en espacios de encuentro y de apoyo mutuo donde sufrimiento y placer se combinan. Tres líneas exploratorias que no buscan ofrecer respuestas sino plantear preguntas desde la investigación etnográfica desarrollada principalmente en el País Vasco.

Para mi tesis doctoral titulada “Violencias múltiples y prácticas de paz. Una aproximación feminista al proceso post-alto al fuego en el País Vasco”<sup>9</sup> llevé a cabo trabajo de campo en el País Vasco durante un año (2016-2017) con el objetivo de explorar significados dados a violencia, paz, reconciliación y convivencia, y cómo esos significados son disputados. Realicé observación participante con distintos grupos, algunos

<sup>4</sup> La llamada “Guerra Sucia” fue principalmente llevada a cabo por la banda paramilitar GAL (“Grupos Antiterroristas de Liberación”). Compuesto por miembros de las fuerzas de seguridad españolas y mercenarios con el objetivo de derrotar a ETA mediante asesinatos, secuestros, torturas y desapariciones de personas pertenecientes a ETA y al movimiento independentista vasco. Desde 1983 a 1987, el GAL asesinó a 27 personas. Juicios llevados a cabo contra este grupo armado probaron su vinculación con altos cargos del Gobierno español (Woodworth, 2002).

<sup>5</sup> Todos los nombres utilizados en este artículo son seudónimos.

<sup>6</sup> Aunque el concepto de memoria posee numerosos y disputados significados, en el contexto de post-alto al fuego en el País Vasco las distintas iniciativas e instituciones que trabajan sobre “memoria” usan este término en referencia a la recogida y exposición de experiencias del conflicto armado que puedan formar parte de la narrativa sobre “lo sucedido” en el pasado reciente.

<sup>7</sup> En el contexto del conflicto vasco, personas presas vascas se refiere a aquellas encarceladas en prisiones distribuidas por el Estado español o francés por su vinculación con ETA o por su pertenencia a distintas organizaciones proindependentistas vascas que fueron ilegalizadas durante los años del conflicto armado.

<sup>8</sup> Entrecorrido post-conflicto para generar un distanciamiento hacia el uso extendido de este término para designar procesos socio-políticos que acontecen tras un alto el fuego y/o negociaciones de paz. Una crítica principal hacia este término es que equipara violencia con conflicto. Los conflictos son parte de la vida humana y no necesariamente negativos. Lo que hace que un conflicto sea dañino es cuando se aborda con violencia. Asimismo, este término resulta polémico en el contexto vasco, dado que algunos sectores de la sociedad consideran que el conflicto político no ha terminado y otros sectores nunca lo han reconocido como existente.

<sup>9</sup> Realizada gracias a la financiación recibida desde la Universidad de Brighton, Reino Unido. Además de financiación, esta universidad me facilitó la codirección de la tesis por tres grandes figuras académicas a quien agradezco su apoyo y su sabiduría generosamente compartida en los cuatro años de investigación (2015-2019) y hasta hoy: Graham Dawson, Carrie Hamilton y Tom Carter.

de ellos parte de lo que se ha denominado en el contexto vasco como “construcción de la convivencia” y otros que cuestionan la existencia de un proceso de paz (desde familiares de víctimas de ETA a familiares de presas y presos vascos). En relación a iniciativas sobre memoria, participé en actividades desarrolladas por grupos locales de convivencia en la provincia de Gipuzkoa, facilitados por organizaciones sociales y formados por personas de los pueblos interesadas en promover conversaciones sobre experiencias del conflicto armado. También formé parte de actividades del grupo sobre memoria de la coordinadora de organizaciones sociales *Foro Social* (espacio sobre el que me detendré más adelante en este artículo). Asistí asimismo a eventos promovidos institucionalmente, principalmente los desarrollados por el Gobierno vasco<sup>10</sup>. A través de las 21 entrevistas en profundidad y 43 encuentros conversacionales, pude además tener acceso a iniciativas desarrolladas en el pasado en relación con encuentros entre personas que se han mantenido en posiciones diferentes durante el conflicto armado y/o sufrido de diferentes maneras las consecuencias del mismo, entre otras: la pionera *Ahotsak*, que reunió a mujeres de partidos políticos y organizaciones sociales de todo el espectro político y que se hizo pública en el año 2006<sup>11</sup>; la experiencia de *Emagune*, promovida desde la Universidad del País Vasco y que reunió a mujeres académicas y no académicas de distintos posicionamientos ideológicos entre los años 2014 y 2016; o las iniciativas promovidas por el Gobierno vasco *Glencree* y *Eraikiz*, a las que me refiero más tarde en este texto.

En una primera parte de este artículo, introduzco el contexto y la disputa que gira en torno a la conformación de la memoria a través de las representaciones del sufrimiento. A continuación, exploro iniciativas que buscan utilizar el marco sufriente para desvelar las violencias, y examino las limitaciones de este marco de denuncia y reclamo. En una tercera parte, abro la cuestión sobre cómo superar tales constricciones desde la propuesta de la escucha vulnerable y los límites generativos que implica el rechazo a ciertos paradigmas imperantes en contextos de procesos de paz y reconciliación, apuntando a la importancia del acogimiento de la vulnerabilidad y la valoración de emociones que habitualmente son desplazadas en esos paradigmas como son el placer y la diversión.

## 1. Sufrimiento y empatía en el paisaje emocional transicional

En este primer apartado voy a analizar la construcción hegemónica de la víctima en el contexto de iniciativas institucionales de memorialización sobre el conflicto armado vasco. Este análisis pretende entender en qué marco se generan determinadas expresiones del sufrimiento y cómo son utilizadas en la construcción de la memoria. Son unas determinadas voces, y no otras, las que generan la memoria sobre un conflicto armado. Las narrativas sancionadas desde distintas instancias que registran las experiencias vividas exponen lo que se pretende que quede inscrito para la historia, y se señala a una determinada violencia como la causante del sufrimiento. En las propuestas memoria-lísticas que toman el espacio público, son los testimonios de aquellas personas reconocidas como víctimas las que transmiten esas narrativas. Me refiero a la conformación de lo que he definido como “paisaje emocional”, haciendo referencia a la manera en que las voces escuchadas en el escenario transicional denuncian la violencia a través de un lenguaje emocional que no solo define al sujeto emisor sino también al receptor, apuntando así a las pautas emocionales que deben guiar la conformación de la “nueva” ciudadanía, aquella que se muestra como emergente del dolor y la división caminando hacia un escenario de encuentro y convivencia. En el contexto de iniciativas analizadas en el País Vasco, la dominante es la representación sufriente y la apelación a la empatía como prerequisite de ciudadanía.

Antes de pasar a explorar el sufrimiento social representado en los espacios memorialísticos, introduzco aquí un breve resumen del contexto de análisis. En el año 2011, la organización armada independentista ETA declaró el alto al fuego permanente tras más de cinco décadas desde su nacimiento. En 2018 ETA anunció su disolución definitiva. En estos años, no se han llevado a cabo negociaciones de paz que aborden las causas y consecuencias de lo que algunos sectores denominan “conflicto vasco” y otros “terrorismo”<sup>12</sup>. Durante más de cincuenta años, la violencia armada llevada a cabo por ETA y por los cuerpos de seguridad españoles y vascos dejó alrededor de 1.200 muertes (más de la mitad de ellas llevadas a cabo por ETA<sup>13</sup>) e innumerables perso-

<sup>10</sup> Tras la muerte del dictador Franco en 1975, el Estatuto de Autonomía aprobado en 1979 asentó la autonomía de tres provincias vascas bajo la región administrativa de Comunidad Autónoma Vasca (CAV) con un gobierno propio, el Gobierno vasco, con competencias en áreas como educación, sanidad y política social y con la creación de un cuerpo policial autonómico. Las provincias consideradas por el nacionalismo vasco como históricamente pertenecientes a Euskal Herria no se restringen a la CAV, sino que también incluyen la actual Comunidad Autónoma de Navarra y tres provincias del sur del Estado francés. El Gobierno de Navarra empezó en 2015 a desarrollar políticas específicas de memoria y convivencia. Mi análisis sobre iniciativas de convivencia se centró fundamentalmente en las impulsadas por el Gobierno vasco, dada su mayor trayectoria en el momento de mi investigación.

<sup>11</sup> Sobre la experiencia de este grupo ver Villelas, Villelas y Urrutia (2020).

<sup>12</sup> La terminología utilizada para referirse al pasado está vinculada a la perspectiva adoptada con relación a las causas, desarrollo y significados del conflicto, y es parte de la disputa en contextos de procesos de paz (Dawson, 2007: 25). En su análisis de los mecanismos de justicia transicional en Irlanda del Norte y el País Vasco, Amaia Álvarez Berastegi (2017: 543) afirma que en estas transiciones el paradigma de confrontación de las narrativas sobre la confrontación armada gira en torno a esta oposición entre terrorismo vs. conflicto.

<sup>13</sup> Los datos sobre número de muertes difieren según las fuentes. El Ministerio de Interior del Gobierno español cifra los asesinatos de ETA en 828, mientras que el Colectivo de Víctimas del Terrorismo COVITE eleva el número a 952. En 2018, antes de su disolución, ETA afirmó haber llevado a cabo 758 asesinatos y 2.606 atentados. Los datos en relación al terrorismo de Estado son difíciles de obtener. Según un informe encargado por el Gobierno vasco (Carmena, Landa, Múgica *et al.*, 2013) la cifra de asesinatos por grupos paramilitares y por fuerzas de seguridad superaría las 200 personas. Otro informe realizado específicamente para documentar la tortura en relación al conflicto armado documenta 4.100 casos de tortura a manos de fuerzas de seguridad entre 1960 y 2014 (Etxeberria, Martín y Pego, 2017).

nas profundamente afectadas por la violencia (heridas, amenazadas, encarceladas, en exilio, torturadas...). La violencia armada tuvo lugar principalmente bajo la jurisdicción del Estado español. En el territorio del País Vasco, la violencia afectó a las relaciones del día a día. Este aspecto es el que desde el Gobierno vasco se trabaja en los últimos años con el objetivo de generar lo que se ha denominado como “convivencia normalizada”. Los testimonios que aparecen en el espacio público que dan cuenta de la violencia armada vivida lo hacen bajo este paraguas de construcción de convivencia.

### 1.1. La batalla por el relato

En el País Vasco, como en otros contextos transicionales, los testimonios de las personas reconocidas como víctimas representan la narración de “lo sucedido” durante el conflicto armado generando una forma de memoria concreta. Señala Alejandro Castillejo, en su análisis crítico de las “iniciativas de memoria”, que “la centralidad de la “revelación” y la “enunciación” refuerzan un particular modelo de recordar (que define los límites de lo contable o relevante) al igual que un modelo de olvidar, en la medida en que ciertas formas de violencia pueden quedar por fuera de la estructura conceptual de este “modelo” (2017: 15). Tal como afirman Kleinman, Das y Lock (1996: xiii), el sufrimiento necesita de una representación para tomar existencia, ser reconocido como experiencia y por tanto poder intervenir sobre ello. Ramphele añade (1996: 101) que el reconocimiento del dolor es “un acto profundamente político”.

Diversos espacios disputan el relato sobre lo acontecido a través de determinadas representaciones del sufrimiento. Estos espacios y las narrativas que construyen son parte de la batalla sobre la memoria –tal como la denomina Dawson (2007) en su trabajo sobre el conflicto en Irlanda del Norte– o la batalla del relato –como se conoce en el contexto español y vasco<sup>14</sup>. Espacios que en otro lado he denominado “espacios de inscripción”<sup>15</sup>, en los que la violencia y la categoría de víctima se definen, en los que se inscriben las experiencias que cuentan como reconocibles. Estos espacios de narrativa del conflicto armado pueden ser museos y también leyes, pueden ser homenajes, informes, o distintos escenarios de puesta en escena de la memoria desde los que se da un reconocimiento institucional, una inscripción y validación de experiencias concretas de violencia. Es desde el análisis de estos espacios que se puede entender el testimonio y la representación de la víctima como parte de las disputas por la memoria. ¿En qué marco se sitúa el

testimonio sobre el sufrimiento? ¿Se sitúa en un marco dialógico que permite explorar las causas que llevaron a la situación de violencia para poder atajarlas, o se sitúa en esa batalla en la que la institución que expone determinadas narrativas señala a los perpetradores para dejar esa violencia marcada como excepcional y no abordar otras violencias imbricadas y sus bases estructurales?

Dentro de los marcos institucionales, existen diferencias en el enfoque narrativo de la construcción de memoria con relación a las experiencias de violencia reconocidas. Tal como señala Crumbaugh (2007, 2013) en su análisis sobre la figura de la víctima en el Estado español, la narrativa generada a través de dicha figura es parte importante de la legitimidad e inteligibilidad en las disputas de poder. El Gobierno español ha dirigido sus esfuerzos memorialísticos a la construcción del Memorial Centro de Víctimas del Terrorismo: un museo y centro de documentación que incide en restringir la violencia acontecida a la cometida por ETA y mantener a las víctimas de ETA como las víctimas por excelencia<sup>16</sup>. Por otro lado, en las iniciativas promovidas por el Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca, los testimonios añaden la referencia a violencias vinculadas con cuerpos de seguridad del Estado, principalmente españoles. En 2016, el Parlamento vasco aprobó una ley de reconocimiento y reparación a víctimas de abusos policiales. Como parte de la batalla institucional por el relato, la ley fue apelada por el Gobierno español y puesta en suspensión por el Tribunal Constitucional<sup>17</sup>. En el año 2015, el Gobierno vasco encargó la realización del informe “Retratos municipales de las vulneraciones del derecho a la vida en el caso vasco (1960-2010)”, como base para la realización de homenajes a víctimas y así “recordar a aquellos que fueron injustamente asesinados”<sup>18</sup>. La selección de víctimas no estuvo exenta de controversia. Por una parte, familiares de personas presas reclamaron la inclusión de quienes fallecieron en accidentes en visitas a las cárceles, a largas distancias del País Vasco debido a la política penitenciaria vinculada al conflicto. Por otro lado, tanto representantes políticos españoles como algunas víctimas de ETA criticaron la equiparación de las distintas víctimas<sup>19</sup>.

Desde el Gobierno vasco también se han promovido encuentros entre víctimas (asignación dada en este contexto principalmente a familiares de personas ase-

<sup>14</sup> Me parece interesante resaltar la advertencia que realiza Iñaki Sagardoy sobre el uso de “batalla por el relato” como categoría analítica. En su tesis en desarrollo (bajo la dirección de Alvaro Pazos y Jose María Uribe) en la que explora y complejiza la construcción de lo que denomina “campo anamnético-político” en el ámbito navarro, Sagardoy destaca el riesgo de que la noción “totalizadora y obscurantista” de “batalla por el relato” plantee “una suerte de batalla igualitaria entre narrativas contendientes de agentes en posiciones homologables”.

<sup>15</sup> En el capítulo “Embodied Continua Disrupting Peacebuilding Linearities in the Basque Country” del libro colectivo *Complex Temporalities: Unsettling Memories of Violence* (en prensa).

<sup>16</sup> En su análisis sobre las políticas españolas y vascas de protección de víctimas, Jon-Mirena Landa muestra cómo la legislación española desarrollada en la década de 1990, y especialmente la ley 32/1999, sobre víctimas del terrorismo “ha entronizado y situado a las víctimas en el imaginario colectivo hasta el punto de que probablemente ha sido y sigue siendo “la víctima” por excelencia” (2018:20).

<sup>17</sup> “El Constitucional admite el recurso contra la ley vasca de abusos policiales”, *El País*, acceso 2 de junio de 2022, [https://politica.elpais.com/politica/2017/05/29/actualidad/1496069513\\_614906.html](https://politica.elpais.com/politica/2017/05/29/actualidad/1496069513_614906.html)

<sup>18</sup> “Retratos municipales”, *Lehendakaritza*, acceso 2 de junio de 2022, <http://www.euskadi.eus/retratos-municipales/web01-s11ehbak/es/>

<sup>19</sup> Como ejemplo, las declaraciones del alcalde de la capital de la Comunidad Autónoma Vasca, Vitoria, perteneciente al conservador Partido Popular, refiriéndose al informe como un “batiburrillo”: “A su juicio, las víctimas de ETA “no son como las demás”, por lo que “no se las puede situar en el mismo plano” que a otros damnificados por vulneraciones de derechos humanos”, *EITB*, acceso 2 de junio de 2022 <https://www.eitb.eus/es/noticias/politica/detalle/2955914/informa-memoria--retrato-memoria-gasteiz/>

sinadas), tanto de ETA como de grupos paramilitares como el GAL<sup>20</sup>. La primera iniciativa fue presentada en 2011, el año del alto al fuego, pero iniciada años antes en secreto. Se denominó *Glencree* por la ciudad irlandesa en la que los primeros encuentros tuvieron lugar. Otro grupo de encuentro entre las reconocidas como víctimas en el contexto vasco, *Eraikiz*, se presentó en 2015 definiéndose como un “grupo plural, diverso, que ha decidido compartir reflexiones, vivencias y experiencias del dolor que hemos sufrido, con un ánimo restaurador y constructivo”<sup>21</sup>. Las apariciones públicas de miembros de estos grupos en iniciativas como *Adi-Adian* (testimonios de víctimas en escuelas del País Vasco) o en *Memoria Plaza* (testimonios mostrados en una exposición itinerante y a través de presentaciones públicas) contienen unas características comunes de expresión de las violencias vividas en donde la exposición pública del sufrimiento y el carácter empático conforma la ejemplaridad de las víctimas. La figura de la víctima que, tal como señalan Gatti e Irazusta (2017), en los últimos años ya no tiene carácter heroico, sino que se presenta como un sujeto cercano, aparece liderando la construcción de la convivencia. Es esta narrativa desarrollada en el espacio público la que paso a explorar en esta primera parte del artículo, examinando sus riesgos como paisaje discursivo dominante para más adelante adentrarme en los usos y vivencias desarrolladas por las personas protagonistas de estos encuentros.

## 1.2. Estereotipos y silenciamientos en la representación dominante del sufrimiento

“Queremos demostrar que algo se mueve, que, si nosotras podemos estar juntas, la sociedad debe tomar nota y también lo puede hacer porque debemos aprovechar el momento de paz en el que estamos ahora”. Esta afirmación aparece como pie de foto en una de las imágenes de la exposición *La Milla de la Paz*, que, al igual que el evento descrito en la primera viñeta que abre este artículo, fue parte del programa institucional de San Sebastián Capital Europea de la Cultura 2016, enfocado a desarrollar la convivencia en la ciudad. La afirmación pertenece a Rosa Rodero, viuda del sargento de la policía vasca Joseba Goikoetxea, asesinado por ETA en 1993. En la fotografía, Rodero habla con Edurne Brouard, hija de Santi Brouard, miembro del partido independentista vasco HASI y asesinado por el grupo paramilitar GAL en 1984. El alcalde de San Sebastián aparece en el centro con mirada aprobatoria. La fotografía forma parte de la instalación “La paz es posible”, donde otras imágenes muestran distintos ejemplos de iniciativas lideradas por personas reconocidas como víctimas con ese mismo planteamiento de ser puente entre dos lados, de mostrar el entendimiento del sufrimiento de otras a través de la empatía, una empatía que es a su vez demandada a quien

las escucha. En la segunda viñeta que abre este artículo, cuando Fernanda expone su testimonio al alumnado universitario, también hemos visto cómo empatía y sufrimiento se entrecruzan en esa presentación enfocada a la reflexión educativa.

Mostrar la vulnerabilidad, poner las emociones en el centro, puede ser transformador en relación a un reconocimiento de la vulnerabilidad común e interdependencia que rompa con los imperativos del individuo moderno autosuficiente sostenido por violencias estructurales (Butler 2006, 2010; Pérez Orozco, 2014). Sin embargo, ese desnudarse emocionalmente a través del testimonio resulta problemático cuando se torna requisito de validación de la experiencia de violencia sufrida e imperativo para ser escuchada. Una exposición emocional que, además, puede reforzar estereotipos de género, vinculando el testimonio sobre el sufrimiento con atributos asignados a lo femenino, como la misma empatía, el cuidado maternal y la falta de agencia en los eventos que han llevado al sufrimiento. Los testimonios que se recrean en el escenario público en el contexto vasco son mayoritariamente transmitidos por mujeres, siendo estas en gran parte familiares de los asesinados. Narrativas que se basan en las dolorosas consecuencias de la violencia de un conflicto armado en el que no decidieron ser parte. El testimonio refiere al sufrimiento, a lo íntimo, en muchas ocasiones sin referencia al contexto histórico o político.

Añadido al riesgo de reforzar estereotipos de género, el requisito de la exposición emocional puede llevar a ciertas exclusiones, desplazando del reconocimiento social y político a quienes no quieren exponer su dolor en público ni identificarse como víctimas, a quienes su dolor no encaja en las pautas emocionales del escenario de convivencia, o a quienes refieren a violencias que no tienen cabida. Por otra parte, voces críticas con el proceso de creación de convivencia suelen aparecer desacreditadas de distintas maneras: se las tacha de atrincheradas en el pasado; se las señala como peligrosas, con el argumento de que pretenden “volver a la violencia del pasado”; se les asigna lo que Butler (2006), en su análisis del post-11S, denomina una “identificación inhabitable”: esas características en las que nadie se quiere identificar (por ejemplo, falta de empatía, actitud vengativa, justificación de violencia “terrorista”) que sirven para descalificar y acallar el disenso en el debate público.

En la construcción de convivencia en el País Vasco, existe además el riesgo de que la representación sufriente y la apelación a la empatía no permita desarrollar debates sobre las causas de la violencia y sobre las múltiples violencias imbricadas que continúan más allá del alto al fuego de ETA. En este contexto, el debate sobre las causas de la violencia de ETA es frecuentemente tildado como “justificación” de tal violencia y bloqueado con el argumento de que genera mayor dolor en las víctimas. Coincide Crumbaugh en señalar cómo los discursos en torno a las víctimas de ETA en el Estado español deshistorizan la violencia política y oscurecen las conexiones entre las manifestaciones de dicha violencia a lo largo del tiempo (2007: 367). El interrogante sustancial de la memoria que no es tanto el qué pasó o cómo pasó, sino

<sup>20</sup> Ver nota 2 sobre los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), grupo paramilitar creado a inicios de la década de 1980 en connivencia con el Gobierno español.

<sup>21</sup> “Eraikiz”, *Gobierno vasco*, 11 Septiembre 2015, acceso 2 de junio de 2022, [https://www.irekia.euskadi.eus/uploads/attachments/6872/ERAIKIZ\\_CAST.pdf?1441983342](https://www.irekia.euskadi.eus/uploads/attachments/6872/ERAIKIZ_CAST.pdf?1441983342)

la pregunta “cómo fue posible” (Schmucler, 2000: 6) no es planteable dentro de estas narrativas limitantes.

El paisaje emocional del escenario post-alto al fuego en el País Vasco está inserto en un marco más global de entendimiento de violencia y trauma. Fassin y Rechtman afirman que el trauma oscurece la diversidad y complejidad de experiencias, eliminando las particularidades individuales a través de la centralidad del consenso. El trauma asimismo “opera como una pantalla entre el evento y su contexto” (2009: 281). La víctima reconocida y homogeneizada es aquella afectada por la violencia que debe ser eliminada, mientras otras violencias no se ponen bajo cuestión:

“Antes y después del tsunami, los supervivientes de Aceh eran ya víctimas de dominación política, represión militar y marginalización económica. Antes y después del Huracán Katrina, la población de Nueva Orleans eran ya víctimas de la pobreza y la discriminación que reforzaba las desigualdades de clase a través de las diferencias raciales. El trauma no sólo no habla de estas realidades, sino que las silencia” (Fassin y Rechtman, 2009: 281)<sup>22</sup>

Las múltiples violencias son acalladas bajo lo que Fassin y Rechtman examinan desde los usos del concepto de trauma, y que en este artículo estoy explorando con relación al dominio de un lenguaje emocional basado en el sufrimiento y la apelación a la empatía. En la construcción de convivencia en el País Vasco, existe el riesgo de que la representación del sufrimiento no solo dé acceso a la categoría de víctima y valide la experiencia de violencia narrada, sino que también suponga un desplazamiento de debates que pudieran abrir a la complejidad de experiencias, que cuestionen y expongan distintas violencias.

## 2. Aperturas y límites de la empatía sufriente

Las narrativas basadas en el sufrimiento también han sido utilizadas en el contexto vasco como una forma de ampliar el reconocimiento de distintas violencias acontecidas durante el conflicto armado. En esta sección pongo de ejemplo una de estas iniciativas, mientras a la vez planteo las limitaciones de basar la denuncia de las violencias dentro del marco sufriente.

### 2.1. Cartografía del sufrimiento

En abril de 2017, mientras se celebraba el ochenta aniversario del bombardeo de Gernika<sup>23</sup>, tenía lugar en este mismo pueblo del País Vasco un acto organizado por el

*Foro Social*<sup>24</sup>, coordinadora de organizaciones sociales y sindicales, que incluyó el primer taller para conformar una “Cartografía del sufrimiento”. La iniciativa era definida como una “herramienta que ponga sobre la mesa todos los sufrimientos que se han vivido en el marco del conflicto y, de esa manera, contribuya a socializar los dolores que hemos vivido las personas y a ofrecer a todas las víctimas del conflicto la verdad, la justicia y la reparación que les corresponden”<sup>25</sup>. Este ejercicio de desvelar sufrimientos se desarrollaba durante los talleres en sí mismos, y en la elaboración de un documento público que recogería las aportaciones de las personas participantes.

En Gernika, el taller se realiza en una sala pequeña del teatro principal donde previamente han tenido lugar varios actos en relación con iniciativas de convivencia. Se les pide a las personas asistentes que se distribuyan en grupos aleatorios. Tras una reflexión individual, las y los participantes exponen lo que consideran sufrimientos acontecidos durante y como consecuencia del conflicto armado. Distintas experiencias, expresadas por personas con diferentes posiciones políticas y sociales, son compartidas: la violencia socioeconómica, el impacto del conflicto armado en la salud mental, el sufrimiento por un familiar que no regresa a casa, la angustia al arrancar el coche cada mañana, la soledad y el olvido, o el obstáculo de disfrutar de espacios de ocio por no pertenecer a ciertos círculos políticos. Algunos de estos sufrimientos que eran expuestos en poco menos de dos horas de taller, yo había tardado meses en escucharlos después de generar vínculos fuertes con ciertas personas participantes de mi investigación. Incluso entre personas que experimentaron esos miedos no se habla habitualmente, por una parte por el dolor que causa, por otra parte por esa capa de invencibilidad que ha abrigado los cuerpos durante años. El taller de la “Cartografía del sufrimiento” suponía una grieta en esa protección de la vulnerabilidad que durante el conflicto armado consistía en negarla y silenciarla. Lo hacía siguiendo el patrón que aparece como hegemónico en las políticas de la memoria en el País Vasco: la exposición del sufrimiento como forma de que las experiencias sean reconocidas, validadas. En la “Cartografía del sufrimiento”, el marco sufriente es utilizado para expandir los significados limitados y limitadores dados a la violencia desde las narrativas hegemónicas. El taller incorpora distintas voces incluyendo violencia que va más allá de asesinatos, que va más allá de ETA, violencia sufrida por quienes han sido parte de organizaciones criminalizadas, violencia ejecutada en las propias dinámicas sociales, o expe-

<sup>22</sup> Como esta, todas las citas en este artículo provenientes de publicaciones en inglés son mi propia traducción.

<sup>23</sup> El bombardeo de esta población, símbolo del nacionalismo vasco, tuvo lugar el 26 de abril de 1937, en el transcurso de la Guerra Civil española, por parte de la Legión Cóndor alemana y la Aviación Legionaria italiana, que intervinieron en apoyo al bando sublevado contra el gobierno de la Segunda República española.

<sup>24</sup> El *Foro Social Permanente* fue presentado en octubre de 2016 como coordinadora de organizaciones sociales, políticas y sindicales del País Vasco para impulsar el proceso de paz. Su trabajo se ha centrado en la resolución de las consecuencias del conflicto armado, a través de distintas áreas temáticas que incluye la situación de las presas y presos vascos, el DDR (desarme, desmovilización y reintegración), un área específica sobre memoria y convivencia y otra sobre justicia transicional con perspectiva de género.

<sup>25</sup> “Hacia una cartografía integral del sufrimiento”, *EMD*, acceso 2 junio 2022, <https://www.euskalmemoriadigitala.eus/bitstream/10357/55100/1/Hacia%20una%20cartograf%C3%ADa%20integral%20del%20sufrimiento.pdf>

riencias que cuestionan una estructura normalizada de opresiones socioeconómicas.

El uso del concepto de sufrimiento como forma de nombrar la violencia es parte de la disputa pública por la memoria y el reconocimiento, como hemos visto anteriormente. Nombrar las violencias en plural ha sido criticado como estrategia para desplazar la que se expone como violencia y principal perpetrador: ETA. Nombrar la violencia como tal aparece como campo en disputa. Nombrar el sufrimiento va en sintonía con el marco reconciliatorio en donde es una perspectiva humanista la que impera sobre “ideologías” o “política” (mal entendida esta como confrontación). El pasado se interpreta, así, como sufrimiento y deshumanización frente a un futuro de encuentro, humanización y convivencia. La institución que en el País Vasco ha utilizado principalmente el concepto de reconciliación es la Iglesia<sup>26</sup>. En mi encuentro con el responsable de Paz y Reconciliación de la Diócesis de Vizcaya, este resaltó la importancia del perdón en la recuperación de “seres rotos”, y la necesidad de que las personas se encuentren a través del sufrimiento común, que va “más allá de ideologías”<sup>27</sup>. Aunque con una connotación no religiosa, el concepto de convivencia en el contexto vasco también tiende a enfatizar su separación de los discursos políticos y como construido desde la gente, en esa misma dicotomización entre lo humano y lo ideológico y político.

El uso de la representación sufriente como modo de desvelar las violencias, así como la posibilidad de empatía, de conocer el dolor de otros, ha sido cuestionado en distintos ámbitos, como paso a analizar a continuación.

## 2.2. Límites del marco sufriente

El foco en el sufrimiento conlleva una serie de riesgos o límites que paso a explorar. En primer lugar, planteo el cuestionamiento del concepto de empatía hacia los sufrimientos mostrados. En segundo lugar, analizo el riesgo de que las representaciones sufrientes produzcan alejamiento tanto de las violencias que causan el sufrimiento como de la conciencia sobre violencias cotidianas. En tercer lugar, existe el riesgo de perpetuar el sufrimiento de aquellas cuya identidad es fijada en la de víctima sufriente, junto a la personificación del sufrimiento en un lamento generizado que es parte de la performatividad de la víctima apoyándose en estereotipos de género. Por último, expongo la cuestión de la eficacia de narrativas basadas en el sufrimiento en la denuncia de las violencias y el riesgo de perpetuar las mismas si esas narrati-

vas no son acompañadas de otros aspectos emocionales y actuaciones empoderadoras.

El concepto de empatía ha sido cuestionado por un uso que se asocia a una forma de asimilación, de absorción de la historia del “otro” (Cavarero, 2014; Thaler, 2018), en un reforzamiento de jerarquías, pues la empatía es otorgada a quien es percibida como necesitada, con menos poder o menos recursos (Hemmings, 2012: 153). En contextos donde además la representación de ese “otro” está marcada por una relación de desigualdad, los riesgos se relacionan con la reproducción de relaciones de poder estructurales: “[C]uando las violaciones están enraizadas en la opresión colonial, la suposición de que uno sí puede conocer el dolor de otros es un acto colonial en sí mismo” (Crosby, Lykes y Doiron, 2019: 185). La empatía ha sido también desvelada como recurso que aborda las violencias de manera superficial. Lina Buchely, en su análisis sobre las prácticas de reconocimiento del Gobierno colombiano hacia poblaciones afectadas por el conflicto armado, realiza una crítica sobre las formas de intervención institucionales donde se promueve la testificación del sufrimiento afirmando una empatía hacia ese dolor, una empatía que deja a las comunidades expuestas a violencias cotidianas que son ignoradas: “cuando lo que llega es empatía y no hospitalidad” (2017: 364).

En segundo lugar, las representaciones sufrientes pueden contribuir a dinámicas voyeurísticas y de hipervisibilización de la violencia que desbordan cualquier capacidad de reacción o de entendimiento hacia la misma. El sufrimiento resulta espectacularizado, generando una distancia suficiente para que no remueva ni genere ningún compromiso hacia las causas y consecuencias de ese sufrimiento (Kleinman y Kleinman, 1996). El sufrimiento aparece así como inevitable, absuelve a quienes consumen esas imágenes de cualquier responsabilidad (Ihmoud, 2015) y desvía la atención de las violencias cercanas cotidianas (Kleinman y Kleinman, 1996: 11). El sufrimiento que quiere ser denunciado puede incluso generar distanciamiento y ser rechazado cuando “las víctimas se transforman en un incómodo recordatorio de nuestra propia vulnerabilidad” (Hamber, 2009).

Otro aspecto es el relacionado con el riesgo de que las representaciones del sufrimiento perpetúen a la víctima como sujeto sufriente. Las múltiples temporalidades de la vulnerabilidad quedan canceladas cuando la víctima queda fijada y la diversidad de vivencias, deseos, transformaciones y experiencias de esa violencia son ignoradas (Ahiska, 2016: 213). Aunque la representación sufriente puede ser parte de la denuncia y generar vínculos políticos, tal como analizan Jimeno, Varela y Castillo en el contexto colombiano, estas mismas autoras advierten de los riesgos de la fascinación con el horror y el encierro de las personas en su condición de víctimas (2019: 14).

La figura sufriente es principalmente representada en un cuerpo femenino. La estereotipada norma de género que establece la dicotomía mujer-víctima, hombre-guerrero, y la correlativa asignación del cuidado y la empatía a lo femenino y la actividad y dominancia a lo masculino, se reproduce en muchas representaciones sobre

<sup>26</sup> El antiguo obispo de San Sebastián José María Setién es uno de los promotores del uso del término “reconciliación”, con publicaciones como la titulada “Paz, Pacificación, Reconciliación” (Landa y Setién, 2012).

<sup>27</sup> Este planteamiento de la reconciliación encuentra similitudes con la perspectiva desarrollada por representantes del proceso sudafricano, que sirve como punto de referencia en la expansión del concepto de reconciliación en las últimas dos décadas. El arzobispo Desmond Tutu, quien encabezó la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, promovió un entendimiento de la reconciliación en este sentido, poniendo el foco en la renovación de las relaciones personales y sociales, y el redescubrimiento de una humanidad común a partir de la reflexión moral, el arrepentimiento y el perdón (Verdeja, 2014; Hamber, 2009: 155).

conflictos armados –tal como han criticado, entre otras, Cockburn (1998), Porter (2007) o Alison (2009). Siendo la pasividad uno de los rasgos que caracterizan la configuración de víctima (Crumbaugh, 2007), aquellas que son reconocidas en el espacio público como víctimas, sin embargo, pese a su representación, no son pasivas –como ha insistido Das (2006). Por una parte, la tensión entre la transgresión y la reproducción de las normas de género es un proceso dinámico (Aretxaga, 1997: 78). Algunos movimientos de mujeres han encontrado el modo de manipular los estereotipos de género a favor de sus reclamos políticos, como es el caso de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina (Taylor, 2001), de resignificar los sentidos de la maternidad desestabilizando discursos hegemónicos –Hernández (2022), en este monográfico– y de desarrollar las expectativas tradicionales de feminidad a la vez que desafiarlas (Ruddick, 1989). Por otro lado, la exposición emocional que conlleva el adoptar en el espacio público la categoría de víctima y performarla es lo contrario a un acto pasivo: requiere un esfuerzo, una determinación por obtener esa inscripción de la experiencia en la memoria colectiva y el reconocimiento. Expresar el testimonio en iniciativas memorialísticas, el acceso a esa palestra de reconocimiento, genera además una afirmación de la experiencia propia, valorándola como necesaria de exposición pública – como he comentado en García González (2019). Mujeres que acuden a distintos espacios a dar testimonio, como el caso de Fernanda, se involucran en diferentes actividades, lo que puede resultar tanto agotador como motivador: en el encuentro con otras personas y otras experiencias, emprendiendo proyectos y vinculándose a otros ya creados, en un movimiento que está lejos de la representación de víctima pasiva.

Un último aspecto se relaciona con la adopción del sufrimiento como modo de denuncia. Los reclamos políticos que parten del dolor corren el riesgo de mantener la herida y cancelar su potencial transformador (Brown, 1993). En el ámbito de la investigación académica, Tuck (2009) cuestiona cuánto de eficaz es la muestra del sufrimiento como modo de transformar las violencias que lo causan, y cuál es la repercusión que la “investigación basada en el daño” puede tener en las comunidades, que podrían quedar despojadas y pensarse a sí mismas como dañadas, como “rotas”.

La crítica a la representación del sufrimiento no quiere decir el no desvelar el dolor y sus causas, pues esa negación llevaría a la perpetuación de las violencias (Kleinman, Das y Lock, 1996: xiv). Se trata más bien de indagar en el sentido de esa representación: para qué, qué consecuencias tiene, cómo se gestiona. Es importante atender cuáles son los agentes que establecen los escenarios y marcos para la expresión del sufrimiento, cuáles son las condiciones de audibilidad, la audiencia a la que se dirige y el contexto –tal como señalan Dañobeitia (2022) y Gómez (2022) en este monográfico. Es importante también poner atención a distintas formas de transformar el dolor y de desplazar las violencias. Documentar no solo el dolor, sino también los saberes y las esperanzas (Tuck, 2009). Documentar la tragedia, pero “también enfatizar la creatividad del día a día que llevan

a nuevas formas de interrelación en las comunidades” (Das y Kleinman, 2001: 25).

### 3. Exploraciones más allá del marco sufriente

Dadas las limitaciones y lo limitante de las representaciones sufrientes, ¿cómo es posible reconocer las distintas formas de violencia para poder abordarlas y en último término eliminarlas de nuestras vidas y sociedades? A partir de distintas experiencias a las que pude acercarme en mis trabajos etnográficos exploro en este apartado esta cuestión, planteando que el entendimiento de la existencia de distintas violencias pasa por reconocer y valorar emociones que se ponen en juego más allá del sufrimiento –o junto al mismo, o intercalándose de distintos modos y en diversas temporalidades. Un acercamiento al reconocimiento del sufrimiento que no encierra en identidades fijas y que da cabida también a placeres y alegrías. El reconocimiento del sufrimiento lo propongo vinculado al reconocimiento de la vulnerabilidad que implica apertura: apertura a la conciencia de la vulnerabilidad común, apertura a la escucha, apertura a los abrazos, físicos o simbólicos, de entendimiento y potencial transformador.

#### 3.1. La escucha vulnerable

A partir de la crítica con relación a las posibilidades y límites de la empatía, distintas autoras plantean propuestas en la superación de esos límites. Si bien la empatía puede quedar exclusivamente vinculada al evento, a lo excepcional, Elizabeth Povinelli (2011) propone la práctica del cuidado como lo arraigado en lo cotidiano, lo ordinario, lo procesual. Mientras la violencia puede permear de forma absoluta las vidas de quienes la padecen y los imaginarios sociales, Jolly, Cornwall y Hawkins (2013) argumentan la importancia de poner atención al placer como forma de superar la paralización que conlleva el foco en lo negativo, como modo de recuperar el disfrute desde los cuerpos y mostrar alternativas que desnormalicen la violencia<sup>28</sup>. La búsqueda y localización de lo erótico como modo de desarrollar el bienestar y rechazar las violencias de lo cotidiano es la propuesta de Audre Lorde (1984). En su indagación sobre memoria y vulnerabilidad, Marianne Hirsch (2016) plantea, frente a una empatía apropiadora, la práctica de la vulnerabilidad como forma de resonar con la otra y de responsabilizarse, dejando espacio a las incongruencias, a los huecos entre pasado y presente, entre una persona y otra, en una apertura que no desdibuje las líneas de separación ni homogeneice el sufrimiento. Frente al acercamiento patologizante hacia el sufrimiento vivido por las comunidades que quedan así definidas de forma única por esa opresión, Eve Tuck (2009: 417) apunta a

<sup>28</sup> Relativa a esta línea de investigación que indaga en el placer frente al eclipsamiento que supone la violencia, resalto el trabajo que en el contexto vasco está realizando la doctoranda Laura Muelas cuya tesis, dirigida por Mari Luz Esteban en la Universidad del País Vasco, explora la manera en la que se articula el placer en las prácticas feministas.

un cambio de mirada que no reproduzca el acto de agresión, una representación basada en el deseo que incorpore pérdidas y desalientos, pero también la esperanza, las visiones, la sabiduría de las vidas y las comunidades.

Hay otros trabajos que mantienen el uso del concepto de empatía vinculado con el compartir las experiencias a través de lo emocional. Es el caso del trabajo de Jimeno, Varela y Castillo, donde se plantea que las comunidades emocionales se pueden conformar a través del compartir una experiencia inmediata del sufrimiento, pero también pueden incluir a “oyentes empáticos”, quienes “no han tenido el mismo sufrimiento, pero tienen el deseo de actuar y tomar riesgos para sacar a la luz los horribles eventos y trabajar para prevenir su recurrencia” (2019: 69). Esta concepción iría en la línea de la figura de “aliada” que toma conciencia de la opresión y de su propio papel en dinámicas de poder (Bishop, 2001).

Con la intención de no replicar el problemático concepto de empatía, en mi trabajo denominé “escucha vulnerable” a aquella escucha que mueve, remueve y desplaza, que va más allá de binarismos jerarquizantes, que puede abrir al debate y posibilitar la corresponsabilidad. La escucha vulnerable no se sitúa desde el lugar del espectador que contempla, que se afecta momentáneamente y mantiene la distancia. Siguiendo el planteamiento de Marianne Hirsch (2016: 80) de la vulnerabilidad como una “apertura radical a inesperadas posibilidades”, la escucha vulnerable implica una apertura que no está exenta de contradicciones, de sorpresas, de intermitentes oclusiones, de incertidumbres, alegrías y miedos. Escucha vulnerable entendida como un proceso y no como un objetivo. La vulnerabilidad es una condición de apertura a ser afectada y afectar, afirma Erinn Gilson (2011), lo cual implica tanto la exposición al sufrimiento como al gozo. La vulnerabilidad en este sentido que plantea la autora no es entendida solo en su conceptualización limitante –la susceptibilidad al daño–, sino como posibilitadora, en ese reconocimiento de que somos en relación a otras. La escucha vulnerable no se refiere a la vulnerabilidad que es asociada con debilidad y proyectada en otra, con el correspondiente reforzamiento de estereotipos de género y que mantiene el lugar de privilegio de quien observa.

La potencia de la memoria, afirma Mario Rufer (2010), está en las conexiones. La especificidad del acontecimiento, indica Rufer, impide conectar la violencia que acontece en un determinado contexto con las violencias de larga duración y las estructuras que las sostienen. La escucha vulnerable se refiere a conexiones: a conexiones entre cuerpos; a conexiones entre las múltiples violencias. La escucha vulnerable se refiere a la apertura a las otras personas que implica a todas las partes conectadas, donde puede haber una persona que expone su experiencia, pero donde la persona que escucha también está expuesta. La escucha vulnerable implica la apertura a removerse con planteamientos que descolocan modos de entender el mundo, a cuestionamientos internos y a la asunción de responsabilidad y potenciales transformaciones que ello implica.

¿En qué situaciones circula esa escucha vulnerable? En las siguientes páginas exploro espacios donde se de-

sarrolla esa escucha que no tanto confirma lo ya sabido, sino que mueve y remueve –lo que Hemmings (2012: 153) describe como la característica de lo político. La escucha vulnerable se puede dar en espacios organizados desde lo institucional para conversar con quienes han sufrido distintas consecuencias del conflicto armado y donde el consenso y la exposición pública del testimonio no es el objetivo, sino que el foco está en el propio encuentro y su proceso. La escucha vulnerable también se puede experimentar en otros espacios que no se adaptan a clásicos paradigmas de reconciliación –pues en ellos no se abordan las experiencias del conflicto armado y se prioriza compartir el placer sobre compartir sufrimientos–, y que sin embargo desplazan en su práctica violencias normalizadas y van ablandando un escudo de invulnerabilidad para abrirse al reconocimiento mutuo.

### 3.2. Ese abrazo... *buf...*

En el análisis de esta escucha vulnerable, los conflictos inherentes, aperturas y emociones que se mueven, voy a detenerme en la experiencia de una de las participantes de la iniciativa Glenree, explicada más arriba. En la entrevista con Ainhoa, su corporalidad acompaña y va más allá de sus palabras. Ella misma habla de la dificultad de trasladar ciertas emociones y experiencias al lenguaje hablado. En su proceso de encuentro con otras de las consideradas víctimas del conflicto armado, hay palabras y expresiones corporales, hay diálogo sobre experiencias de sufrimiento, y hay también sentimientos de alivio y placer. Los gestos de Ainhoa, sus pausas y silencios, sus suspiros, la cadencia de sus palabras, tan difícil de transcribir, muestran en la misma entrevista todo ese movimiento interno de la escucha vulnerable.

Cuando dije que sí [a la propuesta de Glenree], me asusté un poco, lo vivía como muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte... Ya llegaba la fecha, y decía yo “pero qué has hecho” [arrastrando el tono]. Pero seguía esa parte ahí de sí quiero estar, sí quiero estar [asertiva]. Se me movieron todos los miedos. Y sobre todo era el miedo a sentirme odiada. “¿Ostras, y si me odian?” [susurrante] [...] El odio... para mí tiene forma fría, fina y de acero inoxidable, que entra al cuerpo en plan frío, y chas. [...] Tanto miedo a sentirme odiada, dije: “yo también voy a odiar, a mí si me hacen algo...” [coge aliento] Fui bastante trastornada allí. [...]

[El primer día del encuentro] se nos pidió que cada cual explicásemos lo que quisiéramos sobre quiénes éramos y lo que habíamos vivido. Éramos diez. Yo era la sexta o séptima. Antes de llegar donde mí [tono intenso], se me movieron tantas cosas... Una decía que mi marido le mataron con una bomba... me llamaron... cuando fui allí... veía sangre, restos de cuerpo... Estás escuchando y dices [imita falta de respiración] y se te cierra un poco todo. Y la otra, y la otra... A mi marido que le dieron dos disparos... [coge aliento] Buah, se mueven ahí cosas que... claro, yo no sabía lo que era que se movía, pero era algo grande lo que se estaba moviendo. [...] Yo dije por

encima un poco... pero ya casi no tenía ni fuerza para decirlo. Ahí se mezcló todo. Bufff. Todos quedamos muy conmovidos la primera vez que hablamos. [...]

Hubo momentos muy tensos. Sacábamos temas polémicos, y hablábamos... Y los tres facilitadores<sup>29</sup> decían “vamos a parar, vuelve a decir, quitando el insulto...” Decían que se trataba de escuchar, no tenemos por qué estar de acuerdo... Me acuerdo en una de esas..., yo defendí con mucho brío algo, y esta otra mujer, que es muy enérgica también... Total, que llegamos a un descanso y yo salí llorando. Salí que no me podía contener. A los veinte minutos volvimos. Y esta dijo al empezar “Ainhoa, antes cuando has salido, has salido muy mal y lo he sentido mucho, me han dado unas ganas de abrazarte...” [tono suave] Y a mí me sale y le digo “pues dame el abrazo”. Nos levantamos, y nos damos un abrazo [suspira, pausa]. Increíble, la verdad, ¿eh? [pausa]. Increíble. Porque ella lo dijo de verdad, dijo “pues es que te has ido mal y...” Ya no era el primer día, sería el segundo. Yo le dije: “pues dámelo”, así un poco como desafiante [sube el tono] Y, buf, lo que nos ha unido ese abrazo. [...]

El poder hablar. Y sentirme escuchada. Y sentir la sonrisa de las otras personas, de las otras víctimas [coge aliento] Y sentirme entendida y yo las entendía. Eso fue... es como entrar en ese valle de... ese sufrimiento que llevamos los familiares... porque sí, porque si no lo has vivido directo, no lo puedes llevar. Es como entrar en esa balsa, y uf. A mí me ayudó mucho también para mi dignidad personal. Para decir: [suspira] “soy alguien, puedo ser alguien” [...] Que los otros valen y yo valgo. Que somos ahí un grupo que podemos abrazarnos de verdad y sentirnos y buf...

Al referirse a los encuentros, Ainhoa habla de conflictos, de momentos de tensión, pero también del placer que sintió y aún siente de las relaciones que se establecieron en el grupo. Poder compartir el dolor generado por el asesinato de su familiar, sin tener que explicar demasiado, desde el entendimiento compartido de la falta. Dejar ir al miedo, las sonrisas recibidas al expresarse, el entendimiento mutuo como una calma después de años de tensión. Un sentimiento que no desaparece al terminar las reuniones. Esa ruptura con el odio y con el enfrentamiento hacia un “otro” es descrito como placentero.

La unión que tengo yo con la gente de Glencree es algo, es algo... buf. Algo inexplicable en palabras [...] Yo con todos los que me veo, puf, me abrazo de forma especial, lo siento de forma especial [sonríe] Con Roberto hace tiempo que no he hablado, pero si le veo, el abrazo que le doy es... otra cosa... [toma aire] es una unión, muy... uff... Es además muy placentera, satisfactoria. Es la única que dentro de mí me puede ayudar a expandir [...] Y fijate que tenemos amigos que nos han ayudado, pero hay un punto dentro de mí,

al menos, que solamente puede entrar, ay... una gente. Y, yo, un abrazo a Roberto, por ejemplo, a Fernanda, qué te puedo decir, ayyyy [suspiro].

Dicotomías y estereotipos encuentran líneas de quiebre. La escucha vulnerable supone la apertura al reconocimiento de distintas violencias. El encuentro no solo fue un alivio por sentirse escuchada y entendida, también, según cuenta Ainhoa, por la apertura al reconocimiento de las experiencias de otras personas, gracias al encuentro personal. Ese reconocimiento no quiere decir, sin embargo, el estar de acuerdo con los planteamientos de la otra persona ni el llegar a consensos. En el proceso de encuentro, las líneas de separación e identidades diferenciadas no se desdibujan, ni se homogenizan las experiencias vividas. Es importante además resaltar que la apertura y cercanía en el encuentro que permite la escucha desde la vulnerabilidad compartida no solo sucede a través de la expresión del sufrimiento, sino que otras emociones como el placer, el enfado, o el reconocimiento reflejado en un abrazo, forman parte del proceso.

### 3.3. “Más por diversión que por política”

Hay experiencias de encuentro con ese “otro” en procesos denominados de “reconciliación” que no pasan, sin embargo, por compartir las experiencias de violencia. Previo a mi investigación en el País Vasco, tuve la oportunidad de compartir un año de trabajo de campo, en Irlanda del Norte, con un grupo de mujeres que se juntaban desde hacía siete años en distintas actividades y con las que aprendí a reflexionar sobre el encuentro con el “otro” desde un paradigma distinto al del sufrimiento<sup>30</sup>.

Aunque muy diferenciado del contexto vasco en muchos aspectos —como el grado de segregación social y espacial y de violencia intergrupal—, el conflicto armado en Irlanda del Norte y el proceso de paz en este territorio ha sido referencial en el marco de iniciativas sobre construcción de paz en el País Vasco. Ambos conflictos armados comparten la larga duración de la violencia armada, la organización política de los grupos armados y el planteamiento independentista de parte de esos actores armados (Loughlin y Letamendía, 2000: 147). La conferencia internacional de paz que dio lugar al cese al fuego de ETA en 2011 fue liderada por figuras internacionales que incluyeron aquellas vinculadas a la firma de los acuerdos de paz del Good Friday Agreement en Irlanda del Norte<sup>31</sup>. Una de mis motivaciones para llevar

<sup>30</sup> Un análisis más amplio de esta investigación se encuentra en García González (2018).

<sup>31</sup> La denominada “Conferencia Internacional para Promover la Resolución del Conflicto en el País Vasco” tuvo lugar el 17 de octubre de 2011 en San Sebastián. La declaración final propuso los pasos a llevar a cabo para una “paz justa y duradera”. El primer paso planteado fue el alto al fuego de ETA, después de lo cual debía seguir la realización de mesas de diálogo con los gobiernos español y francés, algo que no sucedió. La conferencia tuvo como referente tanto el proceso de paz de Irlanda del Norte como de Sudáfrica, con representantes del partido político Sinn Féin y del gobierno británico, así como de las Naciones Unidas y organizaciones internacionales. Kofi Annan, Gro Harlem Brundtland, Bertie Ahern, Gerry Adams, Pierre Joxe y Jonathan Powell lideraron el evento. Tony Blair, Jimmy Carter y George Mitchell suscribieron las recomendaciones finales.

<sup>29</sup> La facilitación, fundamental en el proceso de encuentro producido en Glencree, la llevaron a cabo Carlos Martín Beristain, Galo Bilbao Alberdi y Julián Ibáñez de Opacua, quienes han reflexionado sobre la experiencia en el libro *Ondas de Agua* (2015).

a cabo mi máster en Antropología en Belfast fue precisamente conocer más a fondo la situación sociopolítica quince años después de los acuerdos de paz que se llevaron a cabo en 1998, y, quizás, recoger aprendizajes para el contexto vasco que analizaría después. Con la casualidad y causalidad que ocurren los encuentros cuando realizamos etnografía, las mujeres de *Women on the Peace Line*<sup>32</sup> –WPL en adelante: “Mujeres en la línea de paz” – me acogieron muy gratamente como compañera de aula en sus clases de gaélico y como observadora muy participativa en sus salidas nocturnas y excursiones. WPL lo conformaban doce mujeres: la mitad crecieron en un área Protestante/Unionista/Lealista, y la otra en un área Católica/Nacionalista/Republicana, con un pasado marcado por la división y la violencia en el día a día. “Más por diversión que por política” fue la respuesta de una de las participantes a mi pregunta sobre la contribución del grupo al proceso de paz. Una respuesta que refleja un rechazo a ciertos paradigmas de reconciliación y que paso a analizar a continuación como ejemplo de las distintas motivaciones que llevan al encuentro y las contradicciones que son parte de lo que Das (2006) denomina como “descenso a lo ordinario”.

El inicio de WPL se enmarca en iniciativas para la promoción de la reconciliación en Irlanda del Norte financiadas por la Comisión Europea desde el año 1995, tras el primer alto al fuego del IRA en 1994. Muchas de estas iniciativas se basaban en juntar a personas de las “dos comunidades” para hablar sobre la violencia vivida. Uno de los rechazos que plantean las mujeres de WPL es que en sus conversaciones evitan hablar sobre el conflicto armado y no quieren participar en actividades donde la mirada hacia el pasado esté permeada por la retórica sufriente, afirmando que “también nos lo pasábamos bien”. Las participantes de WPL se encuentran semanalmente a partir de distintas actividades (clases de gaélico mientras compartieron su tiempo conmigo, clases de historia o danza años antes). Las clases no son lo principal, sino el encuentro alrededor de una mesa donde corren el té y los sándwiches que cada una lleva para compartir. No hablan del conflicto ni de temas polémicos. Hablan de cuestiones cotidianas y recuerdan sus viajes juntas, planean nuevas excursiones, hacen bote para regalos de cumpleaños o para salir a cenar. Comparten sentires sobre sus familias. Bromean sobre sus comunidades haciendo incluso parodia de las representaciones de la división. Hablar, reír, genera unos vínculos de amistad que hacen que se preocupen por la otra en situaciones conflictivas, y las lleva también a estar en un barrio o en una iglesia que nunca hubieran pisado para acompañar en un funeral o en una boda.

Las mujeres de WPL se consideran sobre todo amigas. Rechazan verse como sujetos sufrientes. Rechazan también una concepción del hacer “política” que vinculan a la confrontación generada por los representantes de partidos políticos, y también conectada con la toma del espacio público. Rechazan tener visibilidad, protagonismo, o ser ejemplo de nada. Sin embargo, su activi-

dad rompe desde lo cotidiano las divisiones enquistadas tras años de conflicto armado. Su actividad rompe con expectativas de sus comunidades identitarias y también con expectativas con relación a los roles de género. Estar en el grupo, afirman varias de las participantes, les ha hecho más asertivas en relación a su familia, las excursiones han supuesto rupturas en cuanto a las constricciones del espacio doméstico, y, a algunas de ellas, el hablar con las otras las ha llevado a frenar formas de maltrato que mantenían normalizadas o acalladas. El rechazo a hablar de las violencias del conflicto armado y evitar temas polémicos en este espacio de amistad no significa que su actividad no contribuya a desplazar violencias cotidianas.

El rechazo, tal como analizan Tuck y Yang (2014: 239), no es solo un “no”, sino que puede ser generativo, puede redireccionar las ideas hacia lugares de otro modo no reconocidos o no cuestionados. Los rechazos transmitidos por WPL llevan a replantear cómo el cotidiano puede desplazar discursos establecidos sobre lo que “sirve” y lo que “no sirve” en la conformación de la memoria, la transformación del dolor, el encuentro de sociedades divididas. Durante el trabajo de campo recuerdo tener una constante contradicción al estar con ellas: ¿a qué van a llegar si nunca hablan del pasado? ¿es más importante abordar los conflictos o mantener el vínculo silenciándolos? ¿es suficiente el reconocer las diferencias si no se trabajan los prejuicios en todas sus dimensiones? ¿es más importante que hablen sobre conflicto que su disfrute del encuentro? Con estas preguntas, dialogadas también en charlas en las que pude exponer la experiencia de este grupo<sup>33</sup>, pude ver la importancia de poner en cuestión la linealidad progresiva que permea los escenarios transicionales. También me dio pie a cuestionar qué violencias son priorizadas en los debates sobre construcción de paz y convivencia: quizás en WPL no se aborda la violencia armada, pero sí se trabaja, desde el apoyo mutuo y la amistad, la enraizada violencia de género, así como opresivas expectativas identitarias. Otro elemento fue el reconocer su rechazo a servir como ejemplo y a hacer política como un modo de no tener que someterse a formularios de evaluación de los programas de reconciliación y simplemente hacer lo que disfrutaban haciendo: estar juntas, buscar modos de divertirse, y poner atención al detalle, al cuidado, a los pequeños gestos, a los placeres del regalo, de la comida, del hablar y escuchar. Como decía Virginia Woolf (1940), los procesos de transformación tras prolongados conflictos armados no solo pasan por las mesas de negociación, sino también por las “mesas de té”.

### 3.4. De la mesa del té a la tortilla de patata

Maitane, Rosario e Izaskun se juntan semanalmente también alrededor de una mesa. En esta, el té es sus-

<sup>32</sup> Seudónimo que eligieron las mujeres del grupo para ser nombradas en mi investigación.

<sup>33</sup> Y aquí recuerdo la importancia de los comentarios recibidos desde mi primera charla sobre WPL en la Biblioteca Popular de Córdoba en noviembre de 2014 a los seminarios realizados en el departamento de Antropología de la Universidad del País Vasco o en la Universidad Nacional de Colombia a inicios del año 2017.

tituido por el vino y los sándwiches por la tortilla de patata. En esas cenas, junto con otras familiares de presas y presos, no hablan necesariamente de la situación que están sufriendo. El grupo, principalmente mujeres, comparten recetas de mermeladas, hablan de la última obra de teatro a la que asistieron o eventos políticos a los que han ido la semana anterior. Bromean, ríen, comen y beben. Seis conversaciones se suceden a la vez cuando Silvia me sonrío y me dice: “Mira lo que hace un poco de vino”. Alrededor de la mesa, se percibe la confianza desarrollada a lo largo de años, la alegría de encontrarse, el cuidado puesto en mantener este espacio que se desarrolla cada lunes desde hace diez años y que describen en tono jocoso como “de terapia”. El dolor de quienes están más afectadas por la situación de las personas presas relacionadas con la violencia política, el dolor que muchas veces se mantiene en silencio, encuentra en este espacio un abrazo simbólico.

Los ojos de Maitane sonrío cuando está con las otras. Ya me dijo en la entrevista que de su madre aprendió a que nadie la viera llorar. “Entonces yo igual: arreglar el ojito y el morrete y, hala, ¡a la calle!”, exclama después de que se le escaparan unas lágrimas al pensar en la posibilidad de no ver en vida a su hija fuera de la cárcel. Ese dolor que solo se hace visible en ocasiones excepcionales es, sin embargo, reconocido por otras participantes del grupo que en las entrevistas me comentan la importancia de mantener el espacio de encuentro como forma de apoyo. En esos encuentros, la vulnerabilidad no es expuesta, pero está implícita en la práctica.

Juntarse con el grupo de afinidad, pese a no estar en línea con los paradigmas de la reconciliación en donde se prioriza el sentarse frente a un “otro”, puede llevar al reconocimiento de la vulnerabilidad y la interdependencia que desplaza la idea del individuo moderno que se erige como autosuficiente gracias a la violencia ejercida sobre otras (violencia circulante en las estructuras de género, clase, y coloniales). Asimismo, en ese juntarse en espacios de confianza, tal como pude presenciar, la apertura a la escucha sobre situaciones que rompen con imágenes preestablecidas del “otro” también tienen lugar. Un ejemplo es la conversación que sucede en una de esas cenas, cuando Silvia habla de que, cuando detuvieron a su marido por vinculación con una organización de la izquierda independentista, había personas en el pueblo pertenecientes al partido conservador español Partido Popular que preguntaban por él y que, incluso, uno de los miembros de ese partido le fue a visitar un par de veces a la cárcel. Este comentario dispara otros sobre apoyos inesperados y decepciones tampoco esperadas, y de cómo un vínculo de amistad puede llevar a alguien a realizar acciones de solidaridad que pasan por encima de las diferencias políticas.

Estos períodos de transición, de crisis, de aperturas, de encuentros, pueden ser períodos de oportunidad: donde se abran cuestionamientos a las distintas violencias y se construyan espacios en los que avanzar a esa vida que merezca la pena ser vivida. Pe-

riodos de oportunidad para reconocimientos que no pasan solo por la expresión, escucha y traducción del sufrimiento. Espacios que cuestionan narrativas impuestas sobre cuáles son esos caminos que son más correctos que otros, y la tendencia a la evaluación lineal y progresiva en base a objetivos y resultados. Espacios y prácticas que cuestionan narrativas sobre qué tipo de prácticas son las valorables, las que sirven, las que se hacen visibles. Diversas prácticas pueden llevar a romper con nociones previas asentadas, con dualidades e identidades inamovibles, desestabilizar narrativas de heroísmo, del individuo moderno hecho a sí mismo, y dar pie al reconocimiento de la vulnerabilidad, la interdependencia, y también la importancia del placer, la diversión, y las potencialidades de los encuentros del día a día, de espacios cotidianos que transforman desde diferentes paradigmas. Espacios donde también se dan desencuentros, silencios, conflictos, que son parte de la vida.

#### 4. Trazos Finales

En este último apartado retomo mi pregunta principal, la que guía mi investigación, mi activismo, y parte de mi cotidiano: ¿cómo se puede generar conciencia sobre las distintas formas de violencia que mantenemos normalizadas, que nos afectan y reproducimos, de tal modo que ese reconocimiento genere un movimiento hacia su eliminación? En línea con la preocupación que exploramos en este monográfico, he interrogado en este texto en qué sentido la expresión del sufrimiento de hechos violentos vividos puede movilizar en esa toma de conciencia y corresponsabilidad, y qué circunstancias pueden impedir o promover las condiciones que faciliten el compromiso con la eliminación de las violencias.

En el contexto de los marcos institucionales de configuración de la categoría de víctima, la expresión del sufrimiento aparece como requisito para dar testimonio de las experiencias de violencias vividas. Tal imperativo puede conllevar la exclusión de ciertas voces y experiencias, reforzar estereotipos de género y relaciones de poder, y generar un paisaje emocional donde unas violencias específicas acaparan la representación bajo discursos humanísticos que dejan fuera del debate las violencias cotidianas y estructurales. A través del análisis etnográfico, he explorado el riesgo de descontextualización y despolitización —entendida como la falta de cuestionamiento de las bases estructurales de las violencias y desigualdades— que puede suponer la exposición del sufrimiento cuando solo se señala un tipo de violencia —en este caso, principalmente, los asesinatos llevados a cabo por ETA— como si esta estuviera desvinculada de las estructuras socio-económicas y políticas, desprovista de cualquier lógica y aislada de otras violencias que deberían ser atajadas en la construcción de paz.

En este artículo también he incorporado el análisis de espacios no expuestos en las narrativas hegemónicas del contexto transicional y la importancia

de atender a los usos que las protagonistas de las iniciativas institucionales sobre memoria y convivencia hacen de las mismas. La exposición del sufrimiento puede ser parte de la disputa sobre la “verdad” de lo sucedido durante el conflicto armado. El sufrimiento que se comparte y muestra puede ser también un elemento para el encuentro, la reflexión y el apoyo mutuo. En este sentido he destacado la importancia de atender a emociones poco consideradas en los ámbitos de construcción de paz como los placeres y la alegría<sup>34</sup> como elementos que se entrecruzan con el dolor y pueden aminorarlo, y como potenciales elementos de apertura a la escucha de diversas experiencias y a desvelar violencias de otro modo ignoradas. Resalto la necesidad de atender estas emociones y dejar de considerarlas como poco serias, de poca eficacia o no políticas. Tal como he analizado al mostrar la experiencia de WPL en Irlanda del Norte, hay prácticas que desplazan la centralidad del sufrimiento en el encuentro y priorizan la diversión que pueden no ser públicas, pero no por ello son menos políticas, pues en su desarrollo interrumpen la continuidad de violencias cotidianas.

Planteo el concepto de escucha vulnerable como propuesta analítica y política que pretende zanzar el marco que de representación que he analizado como despolitizador. Una propuesta política en el sentido de que pretende mover, generar movimiento y desafiar el silenciamiento sobre violencias que son excluidas de los debates hegemónicos en los procesos de paz. Una propuesta analítica porque invita a ampliar el foco, a incorporar en la mirada sobre prácticas transformadoras emociones no exentas de contradicciones como son el placer y el disfrute y destaca la importancia de poner en el centro la vulnerabilidad. No se trata de una vulnerabilidad entendida como debilidad, y que resulta ajena por ser asignada a esa otra con quien se mantiene una afectación momentánea en la escucha del testimonio de sufrimiento. Es una vulnerabilidad entendida como condición elemental de nuestra relacionalidad, que implica la exposición a las otras, la apertura a afectar y ser afectada, y que, por tanto, incluye tanto la susceptibilidad al daño como el gozo y el cuidado. Aporto el concepto de escucha vulnerable tras analizar de forma crítica el concepto de empatía, concepto sobre-utilizado y que tiende a reproducir jerarquías de poder y bloquear el análisis de las complejas dinámicas de la violencia y sus causas. Frente a la memoria generada desde la desconexión, que atiende solo al evento, que impide el análisis y el entendimiento, la escucha vulnerable permite las conexiones desde la base de la conexión con otras.

La escucha vulnerable se puede dar en encuentros organizados para hablar sobre experiencias de violen-

cia, pero también puede suceder en situaciones más espontáneas; puede suceder en grupos de personas con distintas posturas políticas, y también en grupos de afinidad. En esas distintas formas, la escucha vulnerable se desarrolla en espacios donde las expresiones tanto de enfado como de cariño tienen cabida, donde los abrazos físicos o simbólicos son parte del acompañamiento de la vulnerabilidad, donde la confianza permite difuminar las capas de protección de identidades forjadas en el enfrentamiento y explorar transformaciones desde el vínculo. La identificación de la escucha vulnerable es también una llamada de atención metodológica, en relación a la traducción del sufrimiento que realizamos en la investigación, y las potencialidades que esa escucha que nos tambalea y conflictúa puede abrir para analizar y disminuir violencias epistemológicas<sup>35</sup>.

Poder debatir y analizar las causas de las violencias desde la escucha vulnerable no implica ni la justificación ni la negación del dolor sufrido, sino la toma de conciencia sobre los factores que las originan, las conexiones con causas históricas y estructurales y con otras violencias que al silenciarlas se perpetúan. En la escucha vulnerable no se eliminan los antagonismos desde una idealizada reciprocidad o un ilusorio consenso. Lo que planteo aquí no es una fórmula, sino una invitación a ampliar la mirada y a caminar hacia el reconocimiento de las distintas violencias, teniendo en cuenta asimismo que hay contextos que posibilitan y otros que imposibilitan este tipo de escucha. Un período que puede ser posibilitante es, como he indicado en este artículo, el de los períodos de crisis y de recomposición social, los contextos de construcción de paz donde la reflexión sobre el conflicto armado puede generar conciencia sobre la vulnerabilidad característica de nuestros cuerpos. Por otra parte, al igual que la vulnerabilidad está geopolíticamente distribuida en tanto a la exposición diferencial de los cuerpos a las violencias y atravesada por campos de poder (Butler, 2006), las posibilidades de escucha también varían a lo largo del tiempo, según el momento histórico, social, institucional y político (Jelin, 2014:161). La expresión de la vulnerabilidad se limita cuando existen condiciones de opresión y criminalización. En contextos menos opresivos, la tendencia a huir de la inevitabilidad de la vulnerabilidad puede corresponder al mantenimiento de una cómoda ignorancia (Gilson, 2011) o también puede deberse a una desprotección ante tal apertura. Protección, apoyo y cuidado mutuo son necesarios, tal y como he destacado en este texto, para desarrollar una apertura al reconocimiento de una vulnerabilidad común que desafie la ilusión de control y autosuficiencia que ignora cualquier toma de responsabilidad en el abordaje de las violencias, y que sea parte del camino hacia la eliminación de distintas formas de opresión.

<sup>34</sup> En los estudios feministas sobre paz y conflictos hay cada vez mayor apertura en el indagar sobre emociones tradicionalmente no tenidas en cuenta en los estudios sobre violencia, como se puede ver en el reciente artículo de Kristalli y Schulz (2022) que pone en el centro el amor y el cuidado como aporte epistemológico a las investigaciones sobre conflictos armados.

<sup>35</sup> Aspectos metodológicos que he abordado con más extensión en García González (2019) y García González (2022).

## 5. Bibliografía

- Ahiska, Meltem (2016). "Violence against women in Turkey: Vulnerability, sexuality, and eros", en Judith Butler, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay (eds.). *Vulnerability in resistance*. Durham: Duke University Press, 211-235
- Alison, Miranda (2009). *Women and political violence: female combatants in ethno-national conflict*. London: Routledge.
- Álvarez Berastegi, Amaia (2017). "Transitional justice in settled democracies: Northern Ireland and the Basque Country in comparative perspective". *Critical Studies on Terrorism*, 10 (3): 542-561. <https://doi.org/10.1080/17539153.2017.1336290>
- Aretxaga, Begoña (1997). *Shattering silence: Women, nationalism and political subjectivity in Northern Ireland*. New Jersey: Princeton University Press.
- Bishop, Anne (2001). *On becoming an ally: Breaking the cycle of oppression in people*. London: Zed Books.
- Brown, Wendy (1993). "Wounded attachments". *Political Theory*, 21 (3): 390-410. <https://doi.org/10.1177/0090591793021003003>
- Buchely, Lina (2017). "Estado empático y ciudadanía precaria: reflexiones en torno al caso emblemático de Bellavista (Bojayá-Colombia)", *Revista da Faculdade de Direito UFPR*, 62: 211-230. <http://dx.doi.org/10.5380/rfdufpr.v62i1.50742>
- Butler, Judith (2006). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. London: Verso.
- (2010). *Frames of war*. London: Verso.
- Carmena, Manuela; Landa, Jon-Mirena; Múgica, Ramón; et al. (2013). *Informe-base de vulneraciones de derechos humanos en el caso vasco (1960-2013)*. Vitoria: Gobierno Vasco.
- Castillejo Cuéllar, Alejandro (2017). *La ilusión de la justicia transicional: Perspectivas críticas desde el sur global*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Cavarero, Adriana (2014). *Relating narratives: Storytelling and selfhood*. London: Routledge.
- Cockburn, Cynthia (1998). *The space between us: Negotiating gender and national identities in conflict*. London: Zed.
- Crosby, Alison; Lykes, M. Brinton; Doiron, Fabienne (2019). "Contestaciones afectivas: involucrando las emociones en el juicio Sepur Zarco", en Morna Macleod y Natalia de Marinis (eds.) *Resistiendo a la violencia: Comunidades emocionales en América Latina*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Crumbaugh, Justin (2007) "Are we all (still) Miguel Ángel Blanco? Victimhood, the media afterlife, and the challenge for historical memory." *Hispanic Review*, 75 (4): 365-384.
- (2013) "Sacralización y poder soberano: el discurso de las víctimas políticas." *Prosopopeya: Revista de crítica contemporánea*, 8: 157-175.
- Dañoibeitia, Olatz (2022) "La herida abierta: Las torturas contra las mujeres en el contexto vasco". *Revista de Antropología Social* 31, 2.
- Das, Veena (2006). *Life and words*. Berkeley: University of California Press.
- Das, Veena; Kleinman, Arthur (2001). "Introduction", en Veena Das, Arthur Kleinman, Margaret Lock, et al. (Eds.) *Remaking a world: Violence, social suffering, and recovery*. Berkeley: University of California Press.
- Dawson, Graham (2007). *Making peace with the past? Memories, trauma and the Irish troubles*. Manchester: Manchester University Press.
- Etxeberria, Francisco; Martín Beristain, Carlos; Pego, Laura (2017) *Proyecto de Investigación de la Tortura y Malos Tratos en el País Vasco entre 1960-2014*. Vitoria: Gobierno Vasco.
- Fassin, Didier; Rechtman, Richard (2009). *The empire of trauma: An inquiry into the condition of victimhood*. New Jersey: Princeton University Press.
- García González, Andrea (2018) "'Women on the Peace Line': Challenging Divisions through the Space of Friendship" en Milena Komarova y Maruška Svašek (eds.) *Ethnographies of Movement, Sociality and Space. Place-making in the New Northern Ireland*. Oxford: Berghahn Books, 108-129.
- (2019) "Desde el Conflicto: Epistemología y Política en las Etnografías Feministas", *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 35 (1): 3-21.
- (2022) "I Feel I Cannot Write Anymore": Exploring Violence through Discomfort in a Feminist Approach to the Basque Armed Conflict", *Borderlands*, 21 (2).
- (en prensa) "Embodied Continua Disrupting Peacebuilding Linearities in the Basque Country" en Brighton Memory Studies Collective (ed). *Complex Temporalities: Unsettling Memories of Violence*. Manchester: Manchester University Press.
- Gatti, Gabriel; Irazuzta, Ignacio (2017) "El ciudadano-víctima. Expansión, apertura y regulación de las leyes sobre vidas vulnerables (España, Siglo XXI)." *Athenea digital* 17 (3): 93-114.
- Gilson, Erinn (2011). "Vulnerability, ignorance, and oppression". *Hypatia*, 26 (2): 308-332. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2010.01158.x>
- Gómez, Diana (2022) "Memoria profunda: Expresiones y trayectorias del sufrimiento social en Colombia" *Revista de Antropología Social*, 31 (2).
- Hamber, Brandon (2009). *Transforming societies after political violence: Truth, reconciliation, and mental health*. London: Springer.
- Hemmings, Clare (2012). "Affective solidarity: Feminist reflexivity and political transformation", *Feminist Theory*, 13 (2): 147-161. <https://doi.org/10.1177/1464700112442643>
- Hernández, Rosalva Aída (2022). "Cronistas del Oprobio: Reflexiones feministas sobre memoria, desaparición y violencias contemporáneas en México" *Revista de Antropología Social*, 31 (2).
- Hirsch, Marianne (2016). "Vulnerable times", en Judith Butler, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay (eds.). *Vulnerability in resistance*. Durham: Duke University Press.
- Ihmoud, Sarah (2015). "Mohammed Abu-Khdeir and the politics of racial terror in occupied Jerusalem." *Borderlands*, 14 (1): 1-28.
- Jelin, Elizabeth (2014) "Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes." *Instituto de Desarrollo Económico y Social. Núcleo de Estudios sobre Memoria; Clepsidra*, 1; 3: 225-242.

- Jimeno, Myriam; Varela, Daniel; Castillo, Ángela (2019) "Violencia, comunidades emocionales y acción política en Colombia", en Morna Macleod y Natalia de Marinis (eds.) *Resistiendo a la violencia: Comunidades emocionales en América Latina*. México: Universiada Autónoma Metropolitana.
- Jolly, Susie; Cornwall, Andrea; Hawkins, Kate (Eds.) (2013). *Women, sexuality and the political power of pleasure*. London: Zed Books.
- Kleinman, Arthur; Das, Veena; Lock, Margaret (1996). "Introduction: Social suffering." *Daedalus*, 125: xi-xx.
- Kleinman, Arthur; Kleinman, Joan (1996). "The appeal of experience; the dismay of images: Cultural appropriations of suffering in our times." *Daedalus*, 125: 1-23.
- Kristalli, Roxani; Schulz, Philipp (2022) "Taking Love and Care Seriously: An Emergent Research Agenda for Remaking Worlds in the Wake of Violence." *International Studies Review*, 24(1): 1-25.
- Landa, Jon-Mirena (2018). "Políticas de víctimas de la violencia política en España y el País Vasco: una reflexión a la luz del holocausto". *Revista General de Derecho Penal*, 29.
- Landa, Jon-Mirena; Setién, José María (2012). *Paz, pacificación, reconciliación*. San Sebastián: Diócesis de San Sebastián.
- Lorde, Audre (1984). *Sister outsider*. New York: Crossing Press.
- Loughlin, John; Letamendía, Francisco (2000). "Lessons for Northern Ireland: Peace in the Basque Country and Corsica?" *Irish Studies in International Affairs*, 11: 147-162.
- Martín Beristain, Carlos; Bilbao, Galo; Ibáñez de Opacua, Julián (2015) *Ondas de Agua*. Barcelona: Institut Català Internacional per la Pau.
- Murua, Imanol (2016) *Ending ETA's armed campaign: how and why the Basque armed group abandoned violence*. Nueva York: Routledge.
- Pérez Orozco, Amaia (2014) *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Porter, Elisabeth J. (2007). *Peacebuilding: Women in international perspective*. Abingdon: Routledge.
- Povinelli, Elizabeth (2011). *Economies of abandonment: Social belonging and endurance in late liberalism*. Durham: Duke University Press.
- Ramphela, Mamphela (1996). "Political widowhood in South Africa: The embodiment of ambiguity." *Daedalus*, 125: 99-117.
- Ruddick, Sara (1995 [1989]). *Maternal thinking: Toward a politics of peace*. Boston: Beacon Press.
- Rufer, Mario (2010) *La nación en escenas: memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. México: El Colegio de México
- Schmucler, Héctor (2000). "Las exigencias de la memoria" *Punto de vista*, 68: 5-9.
- Taylor, Diana (2001). "Making a spectacle: The Mothers of the Plaza de Mayo". *Journal of the Motherhood Initiative for Research and Community Involvement*, 3 (2): 97-109.
- Thaler, Mathias (2018). "Reconciliation through estrangement". *The Review of Politics*, 80 (4): 649-673. <https://doi.org/10.1017/S0034670518000505>
- Tuck, Eve (2009). "Suspending damage: A letter to communities." *Harvard Educational Review* 79, (3): 409-428. <https://doi.org/10.17763/haer.79.3.n0016675661t3n15>
- Tuck, Eve; Yang, K. Wayne (2014). "R-words: Refusing research" en Django Paris y Maisha T, Winn (eds.) *Humanizing research: Decolonizing qualitative inquiry with youth and communities*. Oakes: Sage Publications, 223: 248
- Verdeja, Ernesto (2014). "What is political reconciliation?", en *Mobilizing Ideas*. Acceso 2 de junio de 2022, <https://mobilizingideas.wordpress.com/2014/02/03/what-is-political-reconciliation/>
- Villelas, Ana; Villelas, María; Urrutia, Pamela (2020). "La experiencia de Ahotsak: Mujeres por el diálogo en el conflicto vasco", *Quaderns de Construcció de Pau*, 28: pp.1-18.
- Woolf, Virginia (2009 [1940]). *Thoughts on Peace in an Air Raid*. Penguin.
- Woodworth, Paddy (2002). *Dirty War, Clean Hands: ETA, the GAL, and Spanish Democracy*. New Haven: Yale University Press.